

«mo lo he practicado desde mi infancia, y á tomar por árbitros de mis opiniones á la Iglesia romana y al sucesor de Pedro. Sé muy bien que la Iglesia está basada y construida sobre esta piedra; que cualquiera que no edifica con Pedro es un destructor, y que el Pontífice es el depositario fiel de la fe de los Padres. Por lo tanto, yo quiero vivir y morir en la fe y comunión de este sucesor del Príncipe de los Apóstoles, de este Vicario de Jesucristo, de este Jefe de los Pastores, y de este Pontífice de la Iglesia universal. Adopto cuanto ha prescrito; rechazo, condeno y anatematizo todo cuanto él anatematiza, condena y rechaza: y como, por otro lado, no me lisonjeo de haber concebido con la perfeccion que es necesaria el sentido genuino de san Agustín, porque soy hombre, y sujeto á errar como los demás hombres, abandono mi obra al juicio de la Santa Sede y de la Iglesia romana, mi madre. Desde este momento acepto, retracto, condeno y anatematizo cuanto ella tenga por conveniente aceptar, retractar, condenar y anatematizar.»

Unas palabras tan explícitas no admiten reticencia alguna del heresiarca; sino que son dignas en un todo de un obispo que desea conservar en su corazón la fe que ha transmitido á su rebaño. Nosotros no podemos menos de aceptarlas como la expresión del pensamiento íntimo de Jansenio; y sin ocuparnos demasiado de las misteriosas correspondencias entre él y San-Cyran, por medio de las cuales busca subterfugios y moratorias para resistir á la Silla apostólica, opinamos que si Jansenio hubiese sobrevivido á la publicación de su obra, no hubiera vacilado en desaprobala. Este sugeto no abrigaba en su corazón ni en su cerebro la culpable tenacidad que produce los sectarios; pero encontrábase al lado suyo, y aun le dominaba por medio del encono y la intriga, otro hombre que jamás perdonaba. El obispo de Ipres sólo veía al componer el *Augustinus* una guerra teológica que debía suscitarse contra los Jesuitas; pero habían avanzado tanto las represalias del bayanismo, que retrocedía horrorizado ante el espíritu de su obra. «San-Cyran es Vasco, decía el cardenal de Richelieu al P. José; tiene unas entrañas volcánicas, súbensele á la cabeza los vapores, y se forma ideas extravagantes, que erige en otros tantos dogmas y oráculos.»

Después que Jansenio hubo dado á su libro la última mano, fallció, sometiéndole oficialmente á la censura de la Iglesia. Pero

su discípulo, ó mas bien su maestro, que había sabido predisponer por medio de intrigas subterráneas y de manejos ocultos á algunos talentos distinguidos, á saludar el *Augustinus* como una obra maestra de moral y ciencia espiritual, había también lisonjeado con tal destreza las pasiones hostiles á la Compañía de Jesús, que no era ya una conspiración teológica la que estaba próxima á estallar, sino mas bien un complot político, cuyo misterioso jefe quería aparecer el Abate. Atreviéndose desde luego á disputar á los Jesuitas, que reinaban por medio de la educación, esta augusta preeminencia que les otorgaba la misma universidad, pasó á crear escuelas en Port-Royal, reuniendo como por una sagacidad incontestable y como en un manojo, todas las glorias literarias que los Jesuitas no habían podido reclutar bajo su bandera. Apoderábanse así, ó por mejor decir, monopolizaban en favor suyo la generación naciente, y amoldándola á unas doctrinas, cuyos resultados nadie era capaz de prever ni menos de evaluar, contemplaba el reformador un porvenir abierto á sus planes, y así solo pensó en asegurarse del presente.

En esta época de austeridad y de galantería, de intrigas políticas y de abnegación, de animosidades literarias y de contiendas escolásticas, las mujeres y los escritores habían sido llamados á ejercer sobre la sociedad francesa una influencia prodigiosa. Creyendo oportuno los adictos de San-Cyran atraerlos á su campo á toda costa, estudiaron y aprendieron el arte de conformarse con todos los caracteres; y utilizando el descontento de unos, el disgusto de otros, las afecciones y prevención de todos, se improvisaron rígidos con los que profesaban principios severos, y flexibles con los que no tenían objeto determinado. Oraron con los devotos; sepultaron en la oscuridad los vicios de aquellos cuyo apoyo creían necesitar un día; se esforzaron en tributar á las mujeres comprometidas en alto grado por sus inconstantos amores un esplendor de virtud, cuyos pasajeros remordimientos se eclipsaban á sus ojos con algunas demostraciones públicas; ensalzaron hasta las nubes á los escritores á quienes Richelieu improvisaba académicos; pusieron en juego todos los recursos de la intriga para conciliarse su amistad; vióse subir á Chapelain, Scudery y Gomberville como la espuma, y aun tomaron bajo el patrocinio de su austeridad la novela de *Clelia*, que en uno de sus episodios les prodigaba algunos enfáticos elogios.

Este plan estaba en oposicion con el de la Orden de Jesús. Destinado San-Cyran á batirla en brecha y á contrarrestar su ostensible crédito por medio de vias subterráneas, no limitaba á esto solo sus esfuerzos: habíale ya ofrecido las hijas de Arnauld una comunidad de mujeres aptas para propagar sus doctrinas, y juzgó útil fundar una congregacion de solitarios, cuya mision única se redujese al estudio, y cuyo objeto y deber fuesen los de rodear su retiro con una bella auréola literaria. Religiosos en el mundo y publicistas en el claustro, debian aislarse completamente de sus familias, renunciando al matrimonio y á los empleos civiles, con el objeto de consagrarse en cuerpo y alma á la ciencia y bellas letras. Ofrecíanles como un cebo una perfeccion quimérica, que no dejaba de fascinar á unos corazones, á cuya candidez contribuia la erudicion y la misma inocencia de su vida. Conciliábanse la severidad de las reglas monacales con las delicadezas de un gusto acrisolado; enseñábanles á confundir las innovaciones mas ingeniosas con el amor á los antiguos; y persuadidos de que con la calma de la soledad y las imágenes de una paz exterior de que se verian rodeados, pasarian estos ingenios profundos desde el bien que formaba sus mas gratos ensueños, al mal relativo que no podria menos de llamar su atencion en la organizacion de la sociedad humana, esperaban que este contraste de ideas engendraria inevitablemente otra respecto á los escritos. Amoldados de esta manera, podian hacerse un dia formidables palancas, prestar asenso como unos niños á los sueños que dictasen á su fe, y luchar con la pluma en la mano, para hacer triunfar en el exterior un pensamiento, que con tanto aliciente les presentaba su apacible soledad. Esta idea exageraba la servitud del hombre con respecto á Dios, y su libertad en lo respectivo á los príncipes de la tierra.

Este conocimiento del corazon de los literatos encierra un no sé qué de maravilloso. Duvergier de Hauranne y sus primeros adictos habian escudriñado hasta en sus abismos esos caracteres independientes, que arrastra el entusiasmo mucho mas de lo que quisiera su voluntad: sabia que al presentar un móvil religioso ó político á esos genios fervientes, á esas imaginaciones á quienes el contacto del mundo no ha despojado aun de su dureza primitiva, llevan tan adelante el que prevalezca la verdad, que no se detienen hasta llegar á los últimos límites del error. No ignoraba

tampoco que un estudioso retiro encona los odios literarios, transformando en un acerado puñal la pluma que el entusiasmo de la fe ó la necesidad de la polémica confían á unas manos hasta entonces conducidas por los impulsos de la mas cristiana caridad. Por otro lado, el espectáculo de tantas almas virtuosas, cuya calma iba á turbar, no era capaz de retener á este sectario, en cuyo seno fermentaban pasiones tan opuestas, y que las hacia servir todas á un solo fin. No se curó de respetar aquellas inteligencias católicas que separaba de su origen, para asociarlas á mezquinas animosidades ó á pensamientos de herejía, que ellos proclamaban; al paso que confesaban como Jansenio ser hijos obedientes y sumisos de la Iglesia católica. Dotado el abate de una pertinacia increíble, hubiera sido un peligroso enemigo con otro genio que el de la intriga; pero fue como la gota de agua que cae sobre la roca, y que no forma jamás hueco, porque no abriga en sí un principio disolvente.

Si seducia á los hombres proveyos por medio de la rigidez, cautivaba á las jóvenes por medio de una excesiva indulgencia, y reservaba á las mujeres para hacerlas instrumentos y víctimas de partido. San-Cyran trazó en Port-Royal unas Constituciones, en que el fundador encubre su austeridad bajo las formas mas halagüeñas. «Se las enseñará, dice hablando de las novicias¹, «que no deben alarmarse por sus frecuentes recaídas en algunas faltas; que se juzgará de ellas no tan solo por las faltas que cometan, sino por el modo con que se levanten de sus caídas, y «que todas las almas que aman á Dios pueden decir como la esposa de los Cantares: *Nigra sum sed formosa*: soy negra, pero hermosa.»

El poder del Abate se concentraba en algunas casas, en las que venian á ser hereditarias las virtudes y talentos, ó que por espíritu de familia eran opuestas á la Compañía de Jesús. En ellas fue donde eligió á los fundadores de Port-Royal-des-Champs; y después de haber constituido á la madre Angélica por órgano suyo para hablar á las mujeres, designó á Antonio Lemaitre, uno de los abogados mas célebres de Paris, y consejero de Estado á la edad de veinte y ocho años, como el abanderado de su nueva institucion. Bien pronto acudieron otros tres jóvenes sacerdotes, distinguidos por su talento, Antonio de Singlin, Claudio Lancelot

¹ Constituciones de Port-Royal (edic. de 1663).

y Santos Desmares, á compartir con de Lemaître, seducido por su tia Angélica, el retiro en que ejercia su humildad. Estos solitarios, que rompian con el mundo, que sacrificaban sus miras de ambicion, grandeza y fortuna á unas piadosas quimeras, ostentaban por otra parte un espíritu de orgullo que no concordaba con las mortificaciones que se impusieron. Cualquiera que haya leído las palabras y escritos que hemos citado referentes á Francisco de Borja, Luis Gonzaga, Aquaviva y Javier, no podrá menos de observar la gran diferencia que va entre las cartas de Antonio Lemaître, y los elocuentes discursos de abnegacion de los primeros Jesuitas. Vamos á poner en paralelo con ellos una obra del primer neófito de Port-Royal: «Hace ya tal vez mas de un siglo, escribia Lemaître á Singlin¹, que no se ha oido decir que un hombre en el paraje y estado que yo me encontraba, es decir, en «medio de la corrupcion palaciega, en la primavera de mi edad, «y con las ventajas y vanidad de la cuna y elocuencia, principalmente cuando su reputacion era cosa sentada, cuando sus «bienes tomaban mayor incremento, cuando su profesion era mas «honrosa, su posicion mas elevada, y sus esperanzas mas legítimas; haya roto todas estas cadenas; haya abandonado todos estos bienes; se haya hecho pobre; en vez de aspirar á dar mayor «aumento á sus riquezas haya abrazado las austeridades; en vez «de abismarse en las delicias, haya cambiado por la soledad el «continuo roce con las personas y negocios, y se haya condenado á un silencio eterno cuando solo hablaba entre innumerables «aplausos. Y sin embargo, aun cuando este milagro sea mayor «que el de dar vista á los ciegos, y voz á los mudos, es nuestro «siglo tan poco espiritual, que solo ha merecido considerarse como una cosa extraordinaria lo que se debia reverenciar como «un rasgo de santidad.»

Este homenaje que tributa Lemaître á su propia modestia, este balance de humildad depositado al pié de la Cruz, y con un candor que respira orgullo por todos sus poros, no solo no se encuentra en Jesuita alguno, sino que le creemos incompatible con la santidad. Tan cierto es que los hijos de Loyola no se han propasado jamás á admirarse á sí mismos, con el objeto de imponer á los demás la admiracion de sus personas, que desde luego da en ojos la línea de demarcacion que va á separarlos. Los solitarios de

¹ *Memorias de Fontaine*, tomo I.

Port-Royal no pasarán de ser el tipo del envejecimiento y amor propio, aun cuando hicieran milagros, porque todo lo referirán á su propia individualidad; mientras que los Jesuitas, por el contrario, se anonadarán ante la gloria personal, para arrostrar el desprecio público y exponerse al peligro; y no tratarán de engrandecerse, sino cuando esté de por medio el honor de la Iglesia ó de su Instituto. Partiendo los unos del principio del aislamiento, al paso que los otros del de asociacion, hacíase imposible entre ellos toda comunidad de opiniones; la guerra únicamente debia estallar, y estalló en efecto, aun antes del establecimiento de los ermitaños de Port-Royal. Todavía se hallaba en germen el jansenismo, del que se habian improvisado misioneros, y ya estaban convencidos los Jesuitas de que se levantaba contra ellos y la Santa Sede un nuevo enemigo, y se prepararon á combatirle.

El 5 de junio de 1638, un mes después de la muerte de Janseño, se vió encerrado el Abate en uno de los calabozos de Vincennes por orden del cardenal de Richelieu; pero la prision de un hombre no ha influido jamás en la marcha de una idea, ni ha sido suficiente á entorpecer sus progresos. El Cardenal habia penetrado los planes de San-Cyran, y le extrañaba de su cenáculo, esperando paralizar de este modo el mal germen intelectual, cuyo desarrollo preveia su perspicacia tan lleno de peligros desconocidos á la sazón. San-Cyran en su encierro brillaba con aquella fama que da á un nombre la persecucion. Richelieu era temido y odiado, como sucede á todos los ministros que permanecen largo tiempo al frente de los negocios, y que gobiernan haciéndose superiores á todos los obstáculos. La oposicion cuenta inevitablemente en su favor con todas las mudanzas de situacion, y toma venganza del poder ensalzando á sus víctimas. San-Cyran se mostró como un mártir del Cardenal y de los Jesuitas, y sus discípulos se apresuraron á acogerle y á presentarle como tal á la faz de todo el mundo.

Dominábalos desde lo interior de su prision de una manera absoluta; viendo acrecentarse su nueva secta en este espacio de tiempo de un modo prodigioso, y pudiendo contar con orgullo entre sus conquistas á Sericourt y Sacy, hermanos de Lemaître; á su tío Antonio Arnauld, casi tan jóven como los anteriores; al Dr. Guillebert, Bascle, caballero de Quercy, Tomás Fossé, y

otros varios que solicitaron ser admitidos en Port-Royal. La conmiseracion ó la benevolencia inspiraron al secretario de Estado, Chavigny, y á las familias mas ilustres, la idea de tomar parte por el cautivo. Y aunque la compasion y la benevolencia les habian inspirado estos sentimientos, se tuvo la astucia de persuadirles que no era ya solamente un efecto de la compasion, sino mas bien un acto de adhesion ó de favor el interés que por él se tomaban. Los discípulos y partidarios de Jansenio intrigaban sin descanso en Lovaina, casi en la misma época en que acababa de fallecer el Doctor, abandonando el *Augustinus* á la decision de la Santa Sede; y sin aguardar la contestacion de esta, dieron á luz la mencionada obra.

Era este un libro, sobre el que recaian hacia ya veinte años todas las conversaciones de los doctores: su contenido excitaba la curiosidad en el mas alto grado: esforzábanse todos á penetrar el misterio con que se rodeaba el comentador del gran obispo de Hipona. Pero mas sagaces que el Gobierno en esta materia los Jesuitas de Bélgica, y sirviéndose de unos medios que jamás autoriza la buena fe literaria, aun cuando la política los aconsejará siempre, apoyándose en aquel texto de san Gerónimo: «No se debe tolerar la acusacion de herejia, y la indiferencia en este asunto es ya un escándalo,» supieron, repetimos, hallar el secreto de hacerse con el original manuscrito del *Augustinus*. El Padre Guillermo Wiskerk, valiéndose de un cajista del impresor Zheghers, dió este ejemplo de indiscrecion.

Estudiaron á fondo la obra, y después de haber sondeado toda su extension, comunicaron al internuncio pontificio, Paulo Stravius, el original inédito que se habian procurado de un modo subreptico. Hacia en él ostensible el veneno del jansenismo; y queriendo prevenir las agitaciones y disturbios que necesariamente deberian seguirse de su publicacion, pidieron que se prohibiese el libro antes que se pusiese en venta. Empero la actividad de los Jesuitas en una causa en que oponian hacia ya largo tiempo una escuela á otra escuela, y un sistema á otro sistema, fue mirada por los indiferentes mas bien como una satisfaccion otorgada al P. Lessio, que como un asunto en que iba el interés de la Iglesia entera. Se creyó que bajo las apariencias de celo se ocultaban las miserias de la humanidad, y que so pretexto de servir al catolicismo, empleaban unas armas vedadas; sospechándose de que

por amor propio abultaban los Padres el error para deshacerse de un enemigo importuno. Los partidarios de Jansenio se apoderaron de la opinion, mientras que la universidad de Lovaina, á cuya cabeza se hallaban Gerardo Van-Vern y Liberto Fromond, se coaligó con ellos, publicando á pesar de los mandatos de Roma la obra del *Augustinus*, por los años de 1640.

El principal argumento del novador se funda en que toda gracia interior es irresistible. Esto era negar el libre albedrío, ó como dice La Motte, uno de los ingenios mas razonables del siglo XVII¹, «este sistema venia á reducirse á una pureza puramente pasiva, que significa únicamente el diferente uso que el «Criador puede hacer de nuestras voluntades, y de ninguna manera el que podemos hacer nosotros mismos con su socorro.» Enseñábase en la referida obra que, segun el dictámen de san Agustín, el placer es el único resorte que nos impele á obrar; que cuando aquel emana de la gracia, nos inclina á la virtud, así como nos impulsa al vicio, si procede del apetito; porque la voluntad del hombre está siempre necesariamente determinada á seguir aquel de los dos placeres que triunfa en su alma. «El punto capital del libro de Jansenio, dice Laffiteau², así como el fondo «de su sistema, se fundaba en que después de la caída de Adán, «nos vemos invenciblemente necesitados á obrar el bien y el mal: «el primero, si predomina en nosotros la gracia; el segundo, si «es el apetito el que prevalece en nuestra alma.»

Esta obra echaba por tierra los fundamentos de la libertad humana, y bajo una afectada apariencia de piedad, se constituia en orgullosa menospreciadora de la fe y la tradicion. Los Jesuitas, que no habian carecido de prevision, no retrocedieron ante unos enemigos que, proyectando combatir con más seguridad contra la Iglesia, proclamaban en alta voz que la respetaban de lo interior de su corazon, y que nada podria jamás separarlos de la comunión romana. Lutero y Calvino, maestros de Jansenio, se habian mostrado menos diestros al atacar de frente el dogma y la moral: Jansenio se presentaba mas circunspecto; colocábase en el corazon de la ciudadela que aspiraba á dismantelar, mientras que solicitaba, acaso de buena fe, una decision solemne, á la que no le permitió suscribir su imprevisto fallecimiento. Verdad es

¹ Carta de La Motte á Fenelon, 1.º de enero de 1714.

² Historia de la constitucion Unigenitus, tomo I, pág. 14.

que el folleto en foleo no carecia de audacia y sagacidad. Predicado continuamente en Francia por San-Cyran, y ensalzado hasta las nubes por sus adictos de Bélgica, obtuvo en pocos meses los honores de la persecucion, y la persecucion le propagó. Los Jesuitas habian probado sofocarle en su cuna, pero sus conatos tuvieron oposicion; y viendo que el escándalo se introducía á la par del cisma, no tardaron en aceptar la batalla que habian procurado evitar.

Los sectarios del jansenismo fueron atacados vigorosamente por los PP. Juan Jonghe é Ignacio Derkennil, en Lovaina; y en Paris por los PP. de Champs y Petavio. Los doctores de la Sorbona, Hallier, Habert y Cornet, asociaron sus esfuerzos á los de los Jesuitas, y los Jansenistas contestaron á sus objeciones con amargura. En Paris como en Bruselas, así en las escuelas como en el foro, no se oía otra cosa mas que argumentos sobre gracia eficaz y gracia suficiente; al paso que San-Cyran que, desde lo interior de su calabozo dirigía esta andanada de cañonazos teológicos, no quiso quedarse en zaga al movimiento impreso por la corte de Roma. Los partidarios del *Augustinus* eran ya designados por el soberano Pontífice con el nombre de Jansenistas; pero queriendo estos limitar el número de sus antagonistas, empezaron por difundir el rumor de que en este debate solo se ventilaba una nueva fase de la guerra suscitada entre los Tomistas y Molinistas, señalando á sus detractores, para dejar concebir mejor su pensamiento, bajo el nombre de discípulos de Molina. De esta manera atribuian á la Iglesia cierta apariencia de cábala, puesto que el sistema, al que se referian sus doctrinas y censuras, era el mismo que seguian los Jesuitas. Los amigos del *Augustinus*, que podian decir sin empacho que solo disientan de las opiniones de los hijos de Ignacio, afirmaron que las sentencias fulminadas por la Santa Sede en esta espinosa discusion, la eran sugeridas por estos últimos, parte interesada en el proceso. Una idea tan audaz como hábil, á mas de servir á los Jansenistas para poner en duda la independencia de la corte romana, vino á ser el punto de partida de su polémica, á la que jamás renunciaron, porque ofrecía una tesis siempre nueva á sus interminables debates. El historiador inglés Gibbon, que no se ha dejado sorprender por este ardid, y que, en medio del escepticismo de su pensamiento, ha podido reasumir la discusion, dice: «La autoridad de san Pablo

« hasta para anonadar á los Molinistas, así como los partidarios « de Jansenio se deshonran por su semejanza con Calvino¹. » Hallábanse los del *Augustinus* en Bélgica tan decididos como los de Francia á no aceptar sino condicionalmente el juicio del Sucesor de los Apóstoles. Sin propasarse á negar rotundamente su autoridad, la discutian, y aun prometian someterse á ella en caso de levantar su voz; pero no bien se habia dejado escuchar su voz paternal, cuando todas las órdenes, todas las admoniciones y todas las súplicas emanadas de la cátedra de Pedro, eran atribuidas á alguna violencia jesuítica. Jactábanse de obedientes; pero Roma no hablaba en su concepto sino por boca de los Jesuitas; cualquiera sentencia que fulminase era sospechosa á sus ojos. Aleccionados los Jansenistas por Bayo y sus secuaces, que habian puesto en discusion las bulas de Pio V y Gregorio XIII, inventaron sofismas acerca de las fechas, caractéres y doctrina, con el objeto de anular la que Urbano VIII lanzó contra ellos en 9 de marzo de 1642.

Hemos referido la situacion en que la política ambigua de Richelieu colocaba á la sazón á la corte de Roma y á la Iglesia galicana. El Cardenal aspiraba al patriarcado, si bien sus ambiciosos proyectos se modificaron algun tanto en presencia del cisma cuya profundidad y extension habia ya medido; y habiendo sido presentada la bula *In eminenti* al tribunal de los negocios eclesiásticos poco después de su muerte, que precedió algunos meses á la de Luis XIII, el Consejo, á que asistieron el cardenal Mazarini, el canceller Seguier, Vicente de Paul y algunos doctores de nombradía, aceptó el mencionado rescripto que condenaba al jansenismo; pasando á revelarnos el héroe de la caridad cristiana cuáles fueron los motivos en que basaron su opinion Mazarini, él y Seguier. « En una carta dirigida al abate de Origny, « dice el historiador de su *Vida*, Collet², declaró Vicente de Paul « que las doctrinas de Bayo, anatematizadas ya por muchos « Papas, habian sido renovadas por el obispo de Ipres; que los « designios de este y de San-Cyran debian hacer naturalmente « sospechosas sus teorías, puesto que el abate habia confesado á « Mr. de Chavigny, secretario de Estado, que su intencion era « desacreditar á los Jesuitas, tanto sobre el dogma, como sobre

¹ *Historia de la decadencia*, tomo VIII, cap. XXXIII.

² *Vida de san Vicente de Paul*, tomo II, pág. 383.